

UNA NOCHE

Por: Antonio Diego Duarte Sánchez.

Sobre el atardecer, lluvioso, salió a la calle con paso ligero, envuelto en su gabán e inclinándose hacia delante el paraguas para compensar el viento que amenazaba con empapararlo. El camino empezaba a embarrarse y, si no se daba prisa, atraparía a cualquiera lo bastante insensato como para transitar por allí.

Francisco tenía verdadera necesidad de recorrer aquella senda a la mayor velocidad posible. Teófilo, su primo, había sufrido un ataque al corazón y él apenas pudo hacerle otra cosa más que la respiración boca a boca y golpear con rabia su pecho.

Noviembre había terminado y la noche sorprendería su marcha. No hubiera existido problema alguno de no estar lloviendo.....; la mitad del Sol ya se había ocultado tras las montañas y el pueblo se convertía en una mancha difusa en el horizonte. Teóricamente, Francisco tenía que dormir aquella noche en casa de su primo.

“En mala hora se me ocurrió dejar el coche en casa”.

Una hora de camino podía ser una eternidad. Teófilo parecía haberse recuperado lo bastante como para intentar la aventura de llegarse al pueblo y llamar al médico. ¿Tenía alguna otra opción?. Esperar en casa junto a él no traería otra consecuencia más que la de arriesgarse a una recaída de fatales consecuencias. El frío y la lluvia, ayudados por las cambiantes rachas de viento, vencieron la resistencia del paraguas y el gabán y le hicieron sentir el dolor en todas sus articulaciones.

Estornudó y trató de cerrar el cuello del gabán sobre su boca.... Ahora diluviaba y el último rayo de Sol se perdió sobre el horizonte. El pueblo ya no se distinguía entre la cortina de agua y la tierra del camino ya se pegaba a las suelas de sus zapatos, convertida en barro.

“Media hora más, sólo necesito media hora más de luz...”

Nada que hacer. La oscuridad, implacable, rodeó a Francisco y le obligó a aguzar la vista para adivinar, más que distinguir, los contornos de la senda. La naturaleza no quiere colaborar y transforma la cortina de agua en una cascada de lluvia como hacía décadas no se veía en los alrededores.

- “¡Ah!”.

El golpe, seco, le había sorprendido. Allí no debía haber nada, el camino aún tenía que seguir recto durante, al menos, quinientos metros. No distinguía un maldito contorno..., usó el tacto y se encontró con una superficie lisa, seca y tibia. ¿Seca y tibia?. Era curva, la siguió con la mano y percibió su forma ligeramente cóncava. Dio quince pasos y no se terminaba, veinte, treinta pasos y no distinguía nada que alterase la regularidad de formas de aquel cilindro.

La tierra estaba seca y el aire humeaba de vapor. No llovía..., mas ahora estaba dentro de un cilindro oscuro que le rodeaba sin ninguna aparente salida. Saltó, tratando de localizar un

borde, pero no encontró nada a lo que asirse. Empujó con las manos extendidas, haciendo palanca con los pies en el suelo, pero la pared no cedía un ápice a sus esfuerzos.

La rabia, la furia y la frustración amenazaban con hacer estallar su corazón. Le hervía la sangre y estaba a punto de perder los estribos; arremetió salvajemente contra la pared que le cerraba el paso..., una, dos, tres veces. Inútil. Sentía protestar a sus músculos mientras la cabeza se le embotaba, era evidente que necesitaba calmarse.

Apoyó su espalda contra la pared y se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo con la cabeza entre las piernas. Teo habría de aguantarse mientras él salía de allí. No veía nada en su situación que le permitiera... ¡Qué narices!, él no podía estar allí; era absurdo, estaba seguro de que el camino seguía aún un buen trecho y en dos kilómetros a la redonda no existía ninguna construcción circular de paredes lisas como el metal. “Seguro que tiene que haber una puerta y no me he dado cuenta” -pensó-.

Se puso en pie y empezó a palpar, poco a poco, de arriba a abajo. Se quitó el gabán y lo dejó en el suelo, junto a la pared. Así sabría cuando había completado una vuelta. Todo inútil, no había ningún resquicio, ninguna cerradura. ¿Y si estuviese en el suelo?. “¡Claro!. Estoy en la parte superior de un silo de cereales, tiene que ser eso.” Se acostó sobre el vientre y reptó durante media hora con el resultado que ya se iba haciendo habitual. No se oía nada en el exterior. Solo su respiración rompía el silencio y le recordaba su desagradable posición. “¡Qué idiota soy...!. No puedo pensar seriamente que estoy en un silo.”

- “¡Quiero salir!, -gritó- ¡Socorro!”

El eco retumbó y repitió sus gritos durante largo tiempo. Vibraron dentro de su cabeza, obligándole a taparse los oídos y presionar sobre sus sienes para intentar controlar el dolor. Hacía un agradable calor y, pese al tiempo transcurrido, aún no sentía hambre. Buscó hasta encontrar el gabán y se arropó como pudo con la prenda. No tardó en quedar dormido, agotado, sobre el duro suelo de su prisión.

Francisco caminaba otra vez hacia el pueblo. Tras doblar la próxima curva se encontraría con la fuente de la que, antiguamente, se surtían sus paisanos. Aprovecharía para tomar un trago y hacer el último esfuerzo. Se sentía ágil, fuerte. Llevaba un buen paso, lo bastante rápido como para poder sentarse a comer en menos de veinte minutos. Su madre le había prometido arroz blanco con jamón y maíz y la boca se le hacía agua mientras imaginaba el aspecto apetecible de la fuente caliente de la que todos se solían servir. Había estado todo el día en el campo, recogiendo las patatas de su vecino, Fernando. Aún le quedaba una semana de trabajo, por lo menos; treinta mil pesetas que le vendrían muy bien para pagar el último plazo del Renault 11 adquirido de segunda mano tres años atrás. Por la noche subiría al bar para echar una partida y hablar con José. José tenía un camión y le había propuesto asociarse con él para hacer trayectos internacionales.

-Es un trabajo duro. Pero hay bastante dinero a ganar y después de un viaje largo podrás descansar tres o cuatro días hasta el siguiente.

No terminaba de convencerle aquello de estar una semana o diez días por las carreteras de Europa con treinta toneladas de cualquier cosa a sus espaldas. Su madre se quedaría

sola y Francisco sabía que, aunque él para ella era más una carga que otra cosa, ante cualquier emergencia se las tendría que apañar con la ayuda de los vecinos.

¿Y por qué no doblaba la curva?. Sus pies se movían pero él no avanzaba. La tierra también se movía pero cada pisada hollaba el mismo terreno que la anterior. Allá al fondo....., parecía su madre con algo sobre la cabeza, algo que echaba humo.....

Abrió los ojos y se incorporó. Oscuridad y silencio, lo que resultaba un buen menú para un claustro no hacía más que hundirle más y más. Recordaba perfectamente su sueño: No estaría mal unirse a José en su negocio de transportes sino fuera porque José había muerto cuando un taxi le arrolló mientras paseaba con su bicicleta. Francisco sonrió ante el chiste, sólo para ponerse inmediatamente serio otra vez al recordar que aún no hacía dos meses del accidente. No estaba bien hacer bromas con los amigos muertos. Lo de su madre esperando junto a la curva con aquella... ¿olla?... sobre la cabeza era una solemne tontería.

Algo se le escapaba de aquella situación. Recapacitó. Iba deprisa por el camino, queriendo llegar cuanto antes al pueblo y encontrar ayuda para su pobre primo. Llovía a cántaros y la noche se le venía encima. Se estaba lamentando de su torpeza por no haber llevado el coche cuando sintió un golpe en la cabeza y, a continuación, había entrado en aquella especie de jaula.

Un golpe en la cabeza.... Por eso se sentía así; de algún modo le habría afectado y ahora su cerebro funcionaba a medio gas, mezclando cosas y haciéndole pasar por situaciones absurdas. Si se convencía de que nada de aquello existía en realidad, todo desaparecería y volvería a la buena y vieja lluvia empapándole los huesos mientras el camino se embarraba hasta convertirse en un lodazal intransitable.

Lo intentó, de veras que lo intentó. Pero no lograba olvidar el silencio y la sequedad del ambiente. Si, al menos, tuviera una ventana por la que mirar. Alguien podría pasar cerca de allí y verle; pediría ayuda por señas....., seguro que le entendería. Mas no existía acceso alguno, eso estaba claro. No podía ver absolutamente nada, acercó su mano a los ojos y no distinguió nada. La acercó un poco más, tocándose, para asegurarse de que no se estaba engañando a sí mismo. Allí estaban todos sus dedos; sobre ellos notó el calor de su aliento.....

Le dolía la cabeza y sentía una opresión en el pecho que le impedía respirar a gusto. Tragó aire a bocanadas esperando abrir sus pulmones y eliminar sus molestias. Se oprimió las sienes en un vano intento por reducir la jaqueca. Todo inútil. Dobló las rodillas y las abrazó, entrelazó las manos e inclinó la cabeza sobre aquellas; se dejó caer de lado, sobre el costado, y lloró convulsivamente durante largo rato.

Sus ojos estaban secos. No tenía fuerzas ni para llorar. Francisco, al fin, decidió erguirse y abrir los ojos. ¡¿Qué era aquello?!. Un rayo de luz, a la altura de su cabeza, entraba enallí y le mostraba las paredes desnudas y lisas, el cielo vacío y su cuerpo desmadejado e inane. Una rendija de luz bastaba para hacerle ver tantas cosas y también para quitarse toda esperanza. Su cárcel estaba hecha para impedir a toda costa una huida. Nada en lo que apoyarse, excepto el suelo y las paredes, lisas. Ningún contacto con el exterior por ningún motivo; ninguna necesidad.....

Ni siquiera podía darse muerte con su cinturón, no había donde colgarse. ¿Estaba

vivo?. Desabrochó la hebilla y tomando entre sus dedos la punta metálica, rasgó la piel del antebrazo. Dolor y sangre. ¿Y qué probaba eso?. ¿Acaso los muertos no podían sentir algo muy parecido a lo que él sentía?, ¿acaso los muertos no podían tener algo parecido a la sangre?. En aquel mundo sin hambre, sin sed, sin necesidad y sin dolor era imposible llegar a demostrar nada. En aquel mundo oscuro resultaba inútil la comunicación; ni siquiera quedaba el remedio de hablar con uno mismo, siempre surgiría la pregunta de si era real la sensación de percibir las palabras.

Francisco veía salir la sangre por la segunda herida, abierta a la altura de la muñeca. Los borbotones iniciales se había transformado en una dulce y suave corriente que empapaba sus pantalones y calentaba sus muslos. La opresión del pecho había desaparecido y la jaqueca ya no le molestaba. Francisco tenía sueño otra vez y cerró los ojos para no ver la luz; una luz que perdía intensidad por momentos, parpadeando y debilitándose sin pausa.

En el hospital, el neurocirujano, desesperado, miró la señal del electroencefalograma y sacudió la cabeza con un rictus de pesar en la cara. Francisco acababa de fallecer tras cinco semanas en coma, conectado a una máquina que le mantuvo con vida hasta aquel repentino y postrer impulso que hizo concebir esperanzas de recuperación. En la habitación, sólo el pitido continuo e impertinente del electrocardiograma rompía las respiraciones jadeantes de médicos y enfermeras que, a lo largo de las últimas tres horas, habían luchado denodadamente por recuperar a aquel hombre.

Por las paredes, tenue y sibilina, una sombra encapuchada se dejó deslizar discreta y tímida. Había hecho un buen trabajo pese a la insistencia de aquel hombre por aferrarse al último rincón de su cabeza que seguía enviando mensajes de esperanza y ánimo.

F I N